

PLIEGO

Vida Nueva

3.239.

25 DE SEPTIEMBRE -
1 DE OCTUBRE
DE 2021

La Iglesia que amamos, vivimos y soñamos

GRUPO ERASMO

A esta reflexión han contribuido, por orden alfabético:
Carlos F. Barberá, teólogo; **Dolores Cabezado**,
catedrática de Química; **Lala Franco**, periodista,
José Luis Moreno, abogado; **Enrique Portus**, ingeniero
agrónomo; y **Raquel Salmones**, profesora de Inglés.





Los que amamos la Iglesia vivimos hoy en la paradoja de observar, por un lado, las muchas tareas sociales encomiables que realiza y los esfuerzos pastorales de renovación, junto a la no menos evidente falta de estima por parte de muchos sectores sociales y el goteo imparable de deserciones internas. A quienes firmamos estas páginas –integrados en un grupo de profesionales cristianos interesados por el diálogo del cristianismo con la cultura de nuestro tiempo– nos preocupa la dificultad de la institución para representar una esperanza para los hombres y mujeres de hoy, y lo poco que los laicos decimos al respecto. Por eso compartimos esta reflexión, porque la renovación de la Iglesia es cosa de todos.

Evangelii gaudium había escrito: “Para eso, a veces [el obispo] estará delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos” (EG 31).

Quienes firmamos esta reflexión participamos el año 2005 en los trabajos del Sínodo de la Archidiócesis de Madrid. Cuando se dieron a conocer las *Constituciones* fruto de ese trabajo, la decepción fue general. Prácticamente nada de lo sugerido en los grupos aparecía reflejado en ese texto, que el autor podría haber redactado antes de todas las reuniones que se habían celebrado. Nada de aquello tuvo repercusión alguna en la vida de la archidiócesis.

En el año 2020, se celebró un Congreso de Laicos a nivel nacional que apunta en la línea de la sinodalidad y con propuestas que parecen aterrizar más en la vida concreta de los laicos. Es, sin duda, un gran paso y en la buena dirección,

1. LA IGLESIA ES EL PUEBLO DE DIOS, PERO NO HAY UN ESTATUS PARA ESE PUEBLO

Como se recordará, ya al comienzo de su constitución sobre la Iglesia (*Lumen gentium*), el Concilio Vaticano II la definió en primer lugar como “Pueblo de Dios”. Sin embargo, a nuestro parecer, a esta afirmación –que fue muy celebrada– no le siguió un desarrollo orgánico. Por esta razón, en la opinión pública, la Iglesia siguen

siendo los obispos y los sacerdotes. El Pueblo carece de palabra, no porque no la tenga, sino porque no tiene cauces para expresarla.

“El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”, ha dicho el papa Francisco. No se refería al Sínodo de los Obispos que se celebra cada dos años, sino a “la condición de sujeto que le corresponde a toda la Iglesia y a todos en la Iglesia”. Ya en su exhortación apostólica

que habrá que ver si se verifica en la dinámica de las diócesis.

Con este panorama, sobre todo en las diócesis grandes, el obispo es una figura lejana, a la que se ve raramente y, en general, en actos y celebraciones institucionales. Pocos son los que pueden decir que han tenido una conversación de tú a tú con su obispo. Que nosotros conozcamos, con una excepción: el cardenal **Tarancón** recibía una mañana a la semana durante diez minutos a cualquiera que deseara hablar con él y contestaba con un par de líneas autógrafas a las cartas que se le enviaban.

En cuanto a los sacerdotes, salvo excepciones, todos hacen lo que les han enseñado, es decir, mandar. Un párroco joven de un pueblo de Madrid terminaba así una carta: "Rece por mí para que sea santo y dirija con sabiduría al rebaño de Cristo". No presidir, coordinar, acompañar. No: dirigir. Otro, también joven, en Madrid, se lamentaba de la distancia que había entre lo aprendido en el seminario sobre su función (el kerigma o anuncio) y la pobre realidad de parroquias envejecidas, con fieles más acostumbrados a obedecer que a proponer, dirigir y sacar adelante iniciativas pastorales concretas.

Así las cosas, por un lado, hay una dejadez y ausencia de iniciativas seglares; y, por otro, muchas iniciativas en marcha promovidas por seglares toman innecesariamente un aire subversivo. Es el caso de los grupos de mujeres que, en diversos países, reivindican una presencia distinta en la Iglesia. O, durante tantos años, las reivindicaciones del MOCEOP, la organización internacional de curas casados.

Esta situación produce en muchos católicos un sentimiento de malestar y frustración. Este escrito querría ser uno de esos cauces de expresión que apenas existen.

2. LA IGLESIA ES NECESARIA

No es infrecuente encontrarse con antiguos católicos que han abandonado la Iglesia y que dicen no echarla de menos. Les basta con el mensaje de amor de **Jesús** para tener una vida coherente y fructífera.

Nosotros, sin embargo, suscribimos las conocidas palabras de **Carlo Carretto**: "¡Qué criticable eres, Iglesia! Sin embargo, ¡cuánto te amo! ¡Cuánto me has hecho sufrir! Pero, ¡cuánto te debo! Quisiera verte demolida, pero necesito de tu presencia". La Iglesia (nos) es necesaria.

Hay que comenzar diciendo que son necesarias instituciones que den cobertura a lo colectivo. El ser humano no vive solo, tiene necesidad de instituciones que le ayuden a articular su vida en común con sus semejantes. Es un mensaje que, en tiempos de reivindicaciones de libertad, se tenía por conservador, pero que en esta era de liberalismo y populismo se revela como realmente revolucionario.

Esa colectividad que es la Iglesia ha conservado durante veinte siglos la memoria de Jesús. Sin ella, el profeta galileo hubiera sido uno de tantos que se rebelaron contra su situación y la del pueblo y fueron ajusticiados por el Imperio romano. Ha sido la Iglesia quien ha conservado viva la memoria de su figura y de su mensaje. No solo eso: no lo ha hecho como un recuerdo puramente histórico, sino como una memoria viva. Es la transmisión de la experiencia de los testigos, de quienes le acompañaron en su vida y asistieron al acontecimiento pascual.

Porque ese es el origen de la Iglesia, su experiencia de presenciar la muerte de Jesús y de experimentar después su encuentro con el Resucitado.

Unos hombres sencillos, que han perdido a su líder de manera oprobiosa y que viven con el miedo de que un castigo similar les alcance, se encuentran con el Resucitado y sienten que su proyecto alumbrará sus vidas a partir de ese momento.

Se habla a menudo de las circunstancias históricas de la construcción de la Iglesia, de la importancia de **Pablo** en la expansión del cristianismo y, con frecuencia, oímos decir que Jesús no creó ninguna institución; algunos van más lejos, al afirmar que la Iglesia es un "montaje" posterior, basado en intereses económicos y de poder, que se ha ido alejando progresivamente del mensaje original. No podemos negar la evidencia de las derivas de la Iglesia a lo largo de la historia, de su pecado e imperfección. Pero, a pesar

de todo, esa Iglesia pecadora ha sido capaz de transmitir la memoria del mensaje esencial que se le confió.

Frente a quienes devalúan el papel de la Iglesia por esos pecados pasados y presentes, queremos afirmar que la existencia de la Iglesia forma parte intrínseca del mensaje cristiano. Es una condición de la Encarnación. Si Dios se ha hecho hombre, asumiendo la debilidad humana, la Iglesia no puede más que asumir la historicidad de cada momento, aunque deba, eso sí, revisarse continuamente desde el Evangelio.

Lo cierto es que Jesús se rodeó desde el primer momento de discípulos, todo lo hizo ante esos testigos, en esa comunidad. Luego, les envía –también colectivamente– a propagar su mensaje: "Mirad que os envío". La Iglesia es necesaria para conservar y anunciar el mensaje de Jesús, y los cristianos la necesitamos para vivir y compartir nuestra fe. Es el lugar que debe acogernos a todos y también recordarnos que nosotros solos no podemos. En tiempos de sobrevaloración del yo, ese mensaje tiene el valor de ponernos en nuestro sitio y de invitarnos a hacernos más hermanos que hijos únicos.

Si la Iglesia desapareciera, sin duda volvería a renacer. Es la condición inevitable de la fe cristiana. La Iglesia es necesaria.

3. LA IGLESIA ANUNCIA LA PRESENCIA DEL REINO

Ya es bien conocido que Jesús comienza su predicación anunciando que ha llegado el Reino de Dios. Sin embargo, no suele añadirse que en realidad nada cambia en Israel, ni mucho menos en el mundo entero. No es de extrañar que, pasado el tiempo, los discípulos sigan preguntando: ¿es ahora cuando vas a instaurar el reino de Israel?

¿En qué consiste, pues, esa llegada del Reino? En que, con la Encarnación de Jesús y la efusión del Espíritu, toda la realidad humana se ha revestido de trascendencia, tiene una dimensión escatológica, es una realidad presente y, a la vez, una promesa de salvación definitiva. Para el creyente, todo el entramado de la vida es una parábola de Dios.

La formulación paradójica de las bienaventuranzas muestra que



» en lo sencillo, en lo no valorado o perseguido por el mundo, está presente –para quien es capaz de verlo– el Reino de Dios.

La Iglesia tiene la misión de anunciar la presencia del Reino, una tarea muy difícil, porque es mostrar lo invisible en lo visible, sobre todo en un mundo que solo valora lo que puede ver y tocar. Por eso, cabe preguntarse una y otra vez: ¿está la Iglesia haciendo ese anuncio? Se suele decir que lo hace con la palabra y los sacramentos, pero los dos ámbitos suscitan cuestiones reales. Los sacramentos se dirigen casi exclusivamente a los creyentes, ya convencidos. Por su parte, la palabra, para posibilitar ese anuncio, ha de ser una lectura creyente, que señale la presencia del Espíritu, que la *des-vele*. Pero la palabra de la Iglesia suele aportar textos oracionales, reflexiones, doctrinas. No abundan las lecturas creyentes, que deberían constituir su lenguaje normal.

Si lo hiciera así, conectaría con una tendencia hacia lo espiritual que se va extendiendo, que busca caminos que no son puramente técnicos y que postula que hay una manera distinta de sobreponerse y enfrentar la contingencia de la vida.

Se dice también que ese anuncio del Reino se hace a través del testimonio; pero, ¿es eso real? En primer lugar, en un mundo tan diversificado, parece que el testimonio solo es efectivo dentro de un marco determinado. Fuera de él puede verse como excentricidad, como manía.

Si pensamos en las imágenes del Reino en los evangelios, hay siempre en ellas un componente de gratuidad, de desmesura, de exuberancia: las grandes tinajas de agua que se convierten en vino, la boda a la que se invita a todos los que pasan, los panes y los peces que alimentan a una multitud. El testimonio debería tener esas características, pero pocas veces aparece así en personas excepcionales o en instituciones relevantes.

En cualquier caso, el encargo del anuncio del Reino hay que revisarlo siempre. ¿Se está haciendo?, ¿se hace adecuadamente?, ¿tiene suficiente fuerza? Una revisión que ha de hacerse, a la vez, con esperanza. Dios es quien acoge nuestros trabajos y Él no dejará que ninguno de nuestros esfuerzos se pierda.

4. LA ESTRUCTURA ACTUAL DE LA IGLESIA OSCURECE EL ANUNCIO DEL REINO

La Iglesia aparece en las encuestas como una de las instituciones menos valorada en España. Es cierto que, en muchas otras situaciones históricas, la Iglesia no lo ha tenido fácil. Pero hoy en día tenemos que reconocer que, además de las dificultades exteriores, la propia imagen de la Iglesia es un obstáculo para el anuncio del Reino. La Iglesia misma oscurece ese anuncio.

Podemos decir –simplificando mucho– que ese oscurecimiento se sitúa alrededor de tres ejes frente a los que el Evangelio pone explícitamente en guardia: el poder, el dinero y la ley (concretamente, las normas en torno al sexo).

- Contradiciendo la propia doctrina del Vaticano II, los símbolos de poder en la Iglesia son apabullantes: los tratamientos a las autoridades y sacerdotes, sus vestimentas, la distancia entre celebrante y pueblo en la eucaristía, los desfiles religiosos. Dice el evangelio que solo Dios es santo, pero se habla de Santa Sede, de la “santa” visita pastoral, de la Santa Inquisición... Se dice que “entre vosotros, el mayor sea como el menor”, pero en la práctica es lo contrario. En la Iglesia, con el transcurrir del tiempo, muchas cosas se han ido institucionalizando en contra del sentido evangélico: el mayor se titula, se viste, se expresa como el mayor. Un estilo antievangélico y anacrónico. Y esa imagen contrarresta la práctica

mucho más cercana y humilde de buen número de cristianos, también sacerdotes y obispos. Se impone, pues, revisar qué –en esos usos y costumbres– ha de mantenerse porque tiene un sentido evangélico, y qué ha de aligerarse u olvidarse porque responde más a símbolos que ya no revelan nada o a tradiciones culturales obsoletas. Aunque el estilo y el tono de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha cambiado, todavía muchas de sus tomas de postura son percibidas como defensa de privilegios, de un poder antiguo, o como reprimenda a las autoridades civiles.

- En lo que se refiere al dinero, podemos preguntarnos: ¿hace la Iglesia una buena gestión de su patrimonio? En los últimos tiempos, no cesan de salir asuntos que oscurecen también su labor: fundaciones poco claras, compraventas dudosas, acusaciones de inmatriculaciones abusivas... Aunque el esfuerzo de claridad ha sido general en las diócesis –basta echar una ojeada a sus páginas web–, no es suficiente. Los cristianos de una diócesis, en su mayoría, no saben cuántos bienes hay ni cómo se gestionan; ni se les pide opinión



sobre ello. Sin embargo, pocas instituciones hay que, como la Iglesia, puedan recurrir a profesionales de todo tipo dispuestos a trabajar gratis para ella, aconsejando, asesorando o gestionando; pero el funcionamiento eclesial –clerical y centralizado– no aprovecha esa riqueza. El uso de los bienes de la Iglesia ha de revisarse con criterios de transparencia, profesionalidad y eficacia, y, claro está, desde los principios evangélicos que han de impregnar toda su actuación. Desde la parroquia más pequeña a la diócesis más grande, hay que plantear, con el concurso de los laicos, cómo se gestionan y comparten los bienes; también en el seno de la Iglesia, en la que se dan contrastes sangrantes entre parroquias y diócesis. Y ver, finalmente, de qué ha de desprenderse para ser –como ha dicho Francisco– “una Iglesia pobre para los pobres”.

- El tercer gran apartado en el que la Iglesia es motivo de contradicción y de escándalo es el de la ley: en concreto, la ley moral y, más en concreto, el tema del sexo. Recordemos los escándalos de abusos sexuales a menores y, más recientemente, a religiosas. ¿Cómo fiarse de una institución que durante años ha ocultado esos abusos? Aunque la política de tolerancia cero se impulsa con claridad desde el propio Vaticano, ha sido demasiado el dolor causado, y todavía queda mucho por aclarar, por denunciar y por sanar.

Por otra parte, hay que recordar que, durante siglos, en sociedades confesionales, la Iglesia dictaba y controlaba las normas morales. Estamos en un momento en el que la moral o –si se quiere– la ética se ha secularizado. La sociedad consensúa una ética civil y la Iglesia carece ya de autoridad para imponer la suya. En concreto, en su concepción del sexo ha quedado como restrictiva y, sobre todo, como anacrónica: negación de las relaciones prematrimoniales y homosexuales, de la contracepción y de las nuevas técnicas reproductivas.

San Pablo dijo que la ley era un pedagogo para la libertad, y así lo sienten muchos que reclaman autonomía en el modo de gestionar su vida y los avances científicos. Se impone una revisión tanto doctrinal como práctica en estas materias que incorpore la voz del laicado.

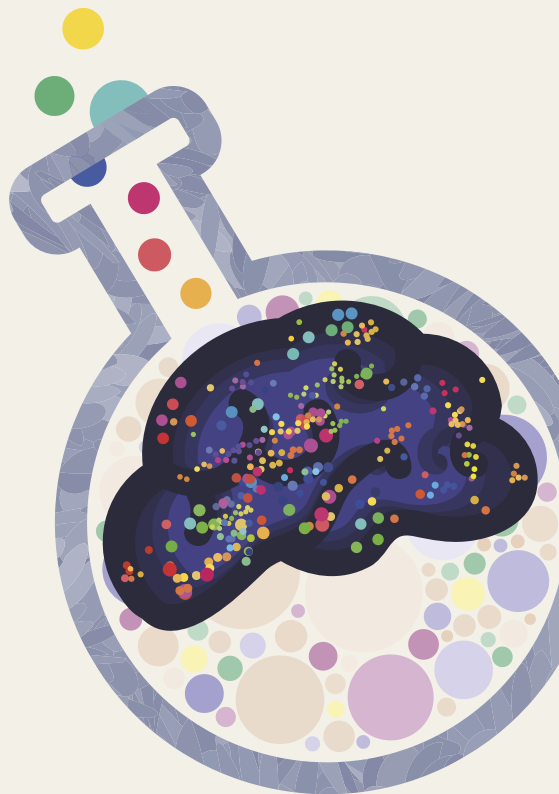
La Iglesia anuncia el Reino, pero ella misma no es el Reino. Sus obras son imperfectas y pueden ser cuestionadas y corregidas, como nosotros mismos. Dios no dejará que ningún esfuerzo se pierda, pero nosotros necesitamos lucidez y coraje para cambiar.

5. UNA IGLESIA DE ESPIRITUALIDAD Y ACCIÓN

Mirando hacia atrás a nuestra historia más reciente, constataremos que desde los años 70 ha habido un progresivo abandono de la Iglesia por parte de personas que hasta entonces se tenían por cristianas. Esta defección comenzó por dejar de asistir a la misa dominical. Una crítica más que razonable dejó de creer en el pecado mortal como pena por esa falta de asistencia. En efecto, ¿cómo podía sujetarse a normas penales lo que por esencia era un acto voluntario y respetuoso con el mandato de Jesús? Pero es que, además, celebradas de cara al pueblo, en lengua vernácula, las eucaristías dejaron al descubierto sus defectos. Ritualizadas, repetitivas, con homilías casi siempre largas, poco sustanciosas, en ocasiones ideológicas o banales, se reveló que –en expresión muy querida por los jóvenes– las misas “eran un rollo”.

Por otra parte, por razones que ahora sería largo de detallar, muchos aspectos de la teología empezaron a ponerse en cuestión: el pecado original (*Adán y Eva* incluidos), la resurrección de los muertos con los mismos cuerpos y almas que tuvieron (así lo decía el P. Astete), la muerte de Jesús exigida como pago por el Padre. Y si se va a la doctrina moral, sobre todo en lo referente al sexo –recuérdese la crisis de la encíclica *Humane Vitae* (1968), de Pablo VI–, se reveló cada vez más inadecuada, cada vez más alejada de actitudes y convencimientos que se iban generalizando en la sociedad civil.

¿Qué conclusiones pueden sacarse de esta situación? Una parece evidente: la Iglesia de cristiandad se basaba en dos pilares, el culto y la doctrina (sobre todo, las normas morales), pero llega el momento en el que este paradigma se revela como insuficiente y, en definitiva, obsoleto y ha de ser sustituido por otro, más acorde con el Evangelio



y que tendría también dos pilares: la acción y la espiritualidad.

- **La acción.** Jesús dijo que había venido para que diéramos fruto, y fruto abundante, y en su propuesta dar fruto es entregar la vida en beneficio de los otros. No hace falta recordar que, en el juicio final, no se valora si se participó en el culto, sino si se dio de comer al que tenía hambre, de beber a quien tenía sed. Se valora, por tanto, la acción.

- **La espiritualidad.** El primer anuncio de Jesús fue el de la llegada del Reino y la invitación a la conversión, es decir, a un cambio que hiciera posible la experiencia de esa llegada. Es decir, una invitación a la espiritualidad. No es que hasta este momento no haya existido en la Iglesia una espiritualidad, que no haya habido una larga tradición mística, pero ciertamente ha habido muy poca introducción al silencio, a la contemplación. Sin embargo, han llegado unos tiempos en los que la espiritualidad parece una tendencia, la sociedad postsecular está a la búsqueda de lo sagrado, reclama experiencias espirituales. Con toda su tradición, la Iglesia no puede quedarse atrás.

Acción y espiritualidad, éste debe ser el nuevo paradigma de la Iglesia, y ya no doctrina y culto. ¿Quiere esto decir que la doctrina no importa, que hay que abandonar el culto? Por supuesto que no, pero una y otro han de renovarse, sacando del tesoro de la Iglesia cosas nuevas y antiguas. >>

» 6. EL CULTO HA DE SER UNA EXPERIENCIA ESPIRITUAL

Puede parecer que, en el capítulo anterior, se ha pretendido quitar valor al culto. No es así. Se trata de devolverle su misión original, que es la de ser vehículo para una experiencia espiritual.

San Pablo dice que nuestro culto razonable es ofrecer a Dios nuestros cuerpos, nuestras vidas. Desde el comienzo, la comunidad cristiana se reunió para hacer ese ofrecimiento. Sin embargo, nosotros hemos vivido un tiempo en que el culto se había convertido en el cumplimiento de un precepto: nada más lejos de su intención original.

Vivimos ahora otros tiempos, pero el culto sigue lastrado por un equívoco: se piensa que el culto se hace para Dios y, por tanto, cuanto más solemne, mejor. Dios se lo merece todo. Pero Dios ya dijo que no quiere sacrificios ni holocaustos, y cada vez vemos más claro que somos nosotros quienes necesitamos el culto. Por consiguiente, cuanto más sencillo, más cercano, más humano, mejor. Esto no quiere decir que no se tenga en cuenta y se persiga la belleza. Lo sencillo no equivale a lo cutre; al contrario, hay que buscar ritos traspasados de esa belleza que *des-vela* la verdad.

Alguien escribió que los ritos dan que sentir. Un abrazo, un apretón de manos, un regalo, dan que sentir. Si un rito no cumple esa función, hay que eliminarlo. Ni las vestiduras complicadas, ni el poner y quitar mitras, ni la incensación del altar, ni las oraciones *semitonadas* dan que sentir. Solamente se hacen por un afán de solemnizar que equivoca su objetivo.

Capítulo aparte merece la cuestión de las homilías. Ya el papa Francisco aconsejó en *Evangelii gaudium* que tendrían que ser breves, cosa que en muchas ocasiones no se cumple, cuando se reducen a contar de nuevo el evangelio con alguna glosa, o a hacer una pequeña ponencia teológica, o a exponer opiniones del celebrante sobre asuntos de actualidad. Muy a menudo, el pueblo tiene que soportar con paciencia homilías banales, repetitivas, cuando no ideológicas.

Frente a todo eso, la homilía ha de ser siempre una lectura creyente, es decir, un breve comentario de la vida de la comunidad hecho desde la fe y con el trasfondo de las lecturas. De este modo, ayudará a un camino personal desde la Palabra a la Eucaristía y la vida. Si no se hace así, la sal del culto se habrá vuelto sosa y ya no servirá –como ocurre con frecuencia– sino para que la abandone la gente.

7. UNA DOCTRINA QUE AYUDE

Hace tiempo, la doctrina era cosa de especialistas, que se explicaba más o menos en las homilías dominicales. Pero llegó un día en que los laicos más preocupados empezaron a interesarse por la teología y a poner cosas en cuestión: ¿qué es eso de que los niños nazcan con un pecado que proviene de Adán y Eva, que no existieron?, ¿por qué para redimirnos Dios hace que muera su Hijo? Si Dios es todopoderoso, ¿por qué no evita el sufrimiento de los inocentes?, ¿Dios ayuda solo a los que se lo piden y no al resto? Son algunas de las preguntas de una larga lista que podría seguir. Esto ha dado lugar a que muchos hayan dejado de creer o bien hayan empezado a creer solo lo que les convenía, en lo que se ha dado en llamar “religión a la carta”.

Pensando en estas cuestiones, queremos hacer algunas afirmaciones:

- Los relatos del Nuevo Testamento necesitan una interpretación para ser significativos, pero está claro que esa interpretación se hace en cada época desde una situación cultural.
- Puesto que los parámetros culturales han cambiado y siguen cambiando muy rápidamente, la doctrina ha de cambiar en sus formulaciones, si no quiere hacerse anacrónica e irrelevante.
- Necesitamos, pues, una teología que conserve los ejes fundamentales, pero que sea ecuménica, es decir, que tenga en cuenta otras mentalidades y pueda ser entendida por todas ellas.
- Debería ser una teología narrativa, que parta y dé respuesta a las cuestiones y necesidades de las personas. Pongamos un ejemplo: la doctrina de la

Trinidad nunca significó nada en la vida de los cristianos. Solo cuando hemos comenzado a hacer la experiencia del Espíritu, cuando nos hemos interesado por la persona Jesús de Nazaret y hemos hecho la experiencia del misterio absoluto, la Trinidad ha empezado a tener relevancia.

- Relevancia quiere decir que las afirmaciones ayudan a una experiencia espiritual. Hoy ya está claro que los dogmas no son fundamentalmente verdades para creer, sino ayudas para una vivencia espiritual, caminos para la contemplación y la acción de gracias.
- Párrafo especial merece la doctrina de la redención. El Dios misericordioso al que Jesús llamaba *Abba* no exige sacrificios ni envía a su Hijo al mundo a sufrir. Desde el comienzo, Dios quiere compartir su vida con el ser humano y Jesús lo hace hasta el fondo, viviendo en sí mismo la muerte de los inocentes. Jesús nos redime porque, por su Espíritu, ha inaugurado un camino nuevo de humanidad y ha traído la promesa de vivir definitivamente su propia vida.

8. UNA IGLESIA EN ACCIÓN

A veces, se ha hecho notar que la palabra *acción* no existe en los diccionarios de teología o de Iglesia. Se habla de acción pastoral, de acción evangelizadora, pero no de acción pura y simple. Y eso ocurre en un mundo dominado por la acción.

Algo difícil de entender cuando se lee el evangelio es que una gran parte de los católicos sean conservadores. Así, fieles a ese calificativo, tratan de conservar un mundo que no les parece perfecto, pero al que es mejor dejar como está. En consecuencia, el pueblo católico es un pueblo pasivo. No quiere esto decir que no acuda a solucionar necesidades, a echar una mano donde haya un problema, pero ahí termina todo. Se trata de acciones de beneficencia.

El arzobispo brasileño Hélder Câmara solía decir



una frase que luego se ha repetido mucho: “Si ayudo a los pobres, me dicen que soy un santo; pero si pregunto por qué hay pobres, me llaman comunista”. Por esta razón, en general, no han sido católicas las personas que han impulsado los grandes cambios sociales de la época moderna.

Es cierto que, en ocasiones, se dan movimientos aquí o allá que se hacen cargo de una situación determinada: en el siglo XIX, hubo una amplia corriente de instituciones comprometidas con la enseñanza a los pobres, en los años 50 fueron los curas obreros los que se movilizaron en favor de los trabajadores, la Madre Teresa de Calcuta dejó sus clases de inglés para acompañar a los moribundos, entre nosotros Basida se acercó y acogió a los

enfermos de sida, la Comunidad de Sant'Egidio ha planteado el tema de la inmigración y las periferias, Cáritas hace una labor encomiable... Sin embargo, ¿por qué quedan siempre esos impulsos como marginales y no contagian a la Iglesia entera?

Quizá falta una voz superior, la de los obispos, que llame a la acción colectiva e individual. Con la pandemia han nacido múltiples iniciativas, también de cristianos; tal vez, ha faltado una voz unánime y fuerte animando a tener iniciativas, a participar en las que fueran naciendo. La Iglesia ha hecho cosas, pero ha sido y sigue siendo una Iglesia en silencio.

La cosa se vuelve más grave si se piensa en problemas como el de la inmigración, el de los menores sin papeles, el de las armas, por no hablar de las mujeres en la sociedad. La Iglesia parece estar fuera de esos debates y haberse colocado al margen de la sociedad. Por otra parte, dedicar un enorme esfuerzo a la enseñanza, cuando la educación pública para todos es un gran logro, se puede interpretar como el deseo de mantener estructuras de poder.

La Iglesia debería promover, como un solo individuo, la convergencia de sus iniciativas ante los grandes problemas sociales. Las encíclicas de este pontificado dejan muy claras las prioridades para el pueblo católico. De entre ellas, extraemos algunas tareas concretas, porque la fraternidad:

- Se ejerce pagando impuestos, no evadiéndolos ni robando el patrimonio público.
- Dedicando nuestro tiempo, cultura y dinero al desarrollo de los que nos necesitan.

- Se demuestra rechazando individual o colectivamente el comercio de armas.
- Colaborando con las organizaciones que salvan náufragos, dan de comer al hambriento, que se preocupan de los sin techo y que luchan contra los desahucios.
- Interviniendo en organizaciones dedicadas a crear y fomentar la paz, y a defender y cuidar el medio ambiente.
- Y un amplio etcétera que cada cristiano sabrá encontrar si se le insinúa.

Las homilías han de ser herramientas sugerentes y estimulantes. Cuántos de nosotros saldríamos de la iglesia dispuestos a mejorar el mundo, si cada domingo nos ayudaran a preguntarnos: ¿en qué momentos de la semana he demostrado mi amor a los hermanos y en cuáles no?

9. UNA IGLESIA 'SEMPER REFORMANDA'

La Iglesia ha de estar siempre en vías de reforma. Esta afirmación, que parece tener su origen en san Agustín, fue retomada por Francisco (Navidad de 2015) y se ha convertido en un tópico frecuentemente repetido. Especialmente hoy, en medio de una humanidad en pleno proceso de reforma.

Cuando comenzamos esta reflexión sobre qué hay que reformar y quién debe animar esa reforma, no dejamos de constatar cierto desánimo. La Iglesia apenas cambia, la falta de sacerdotes convierte las celebraciones a veces en algo apresurado, no es fácil encontrar ámbitos y acciones culturales que

>>



» ayuden a vivir la espiritualidad. Verdaderamente, nuestra Iglesia ha de reformarse. ¿En qué aspectos?

Parece que algunos son evidentes, empujados y animados por el mundo que nos rodea. Ante una sociedad que quiere devolver su dignidad a la mujer, que propugna la paridad en el trabajo, la igualdad en la remuneración, no es posible ya que la Iglesia siga marginando a las mujeres, que se convierta en el último reducto del patriarcado, máxime cuando muchos teólogos dan suficientes razones para lo contrario y otras confesiones cristianas han dado ya ese paso. Y lo mismo cabe decir de la marginación de los homosexuales, de las parejas divorciadas o de la intromisión en la conducta sexual de las personas. El mundo de herencia cristiana se ha hecho mucho más comprensivo y acogedor que la propia Iglesia de Jesús.

Recordamos, sin embargo, que Juan Martín Velasco decía que, siendo esas reformas necesarias, no bastaban para impedir el declive de la Iglesia. Otras confesiones cristianas ya las han hecho, sin que la decadencia se haya frenado. Por la propia doctrina del Evangelio, la Iglesia ha de reformarse en los puntos que Jesús señaló como tentaciones y que ya hemos apuntado: el poder, el dinero y la norma.

- Cuando el Papa ha renunciado a la “dignidad” de su ministerio y vive, come y se manifiesta como una persona cualquiera, es el momento de renunciar a los signos de poder.
- Respecto al dinero, hay que pensar cómo la Iglesia –en expresión de Francisco– puede hacerse “pobre para los pobres”.
- Finalmente, está claro que cualquier organización ha de tener normas, pero, dirigiéndose a millones de personas diferentes, deberán ser humanas, flexibles, acogedoras y no excluyentes.

Y, como pauta básica, todo en la Iglesia ha de favorecer la espiritualidad: palabras, gestos, signos... han de transparentar la presencia del Espíritu y ayudar a experimentarlo. Todo lo que no sea así, ha de ser reformado o eliminado.

Queda una pregunta final: ¿quién ha de reformar la Iglesia? Parece que la respuesta es obvia: el Papa y los obispos. Pero, inmediatamente, hay

que añadir: en una “Iglesia sinodal”, también el pueblo cristiano. En estos momentos, Francisco parece señalar caminos. Se trata de empezar a recorrerlos para que, al final, se conviertan en actitudes aceptadas. Pongamos un ejemplo: el Papa ha dicho que los homosexuales tienen derecho a formar una familia. Parece, pues, que está invitando a ayudarles en su vida personal. Los cristianos, por tanto, pueden empezar a hacerlo y que esa familia tenga una expresión religiosa.

10. TEMORES Y ESPERANZAS

Hace ya años que el declive es manifiesto en la Iglesia; sin embargo, no parece que se toque a rebato, nadie parece seguir los pasos de Francisco y las reformas que emprende son boicoteadas por sus enemigos en la Curia vaticana y más allá, dispuestos a borrar su estilo cuando desaparezca.

Esta impresión de que la Iglesia sigue a su *tran tran*, a pesar de las señales negativas, nos hace albergar muchos temores para el futuro de la institución en Occidente. Y es que, en efecto, parece que hay una reacción de repliegue que coarta muchas iniciativas y cohibe la creatividad en la Iglesia. La experiencia del mundo rural es todavía más desoladora, sin que se escuchen nuevos planteamientos.

Hay también esperanzas, pero estas vienen en gran medida desde la base, desde las comunidades. Piénsese en los movimientos de mujeres cuando han descubierto que “para la libertad nos liberó Cristo” y que “donde está el Espíritu de Dios allí hay libertad”. No –como temen los conservadores– para adaptar la Iglesia a este mundo, sino para poner en valor su mensaje: buena noticia a los pobres, igualdad, misericordia, trascendencia. El movimiento de las mujeres en la Iglesia refleja, sin duda, una tarea pendiente, pero, a la vez, es uno de los mayores motivos de esperanza.

Junto a él, queremos destacar otro que adquiere cada vez mayor relevancia: el diálogo con el mundo de la ciencia. Debemos sustituir la disyuntiva de la Ilustración *ciencia o fe* por la afirmación *ciencia y fe*, y entender que los científicos –aunque sean creyentes, que los

hay– no esperan ningún milagro, sino la ayuda de Dios a través de las leyes de la naturaleza. Y que, como dicen algunos de ellos: “Dios ha creado un Universo que se puede comprender; que tenemos un Universo reglamentado y armonioso, que refleja una especie de dios; Dios es un matemático del máximo nivel”.

Nuestro reconocimiento de Dios, como creador armonioso, ordenador, cuidador de lo que hizo y dejó en nuestras manos, incluso como matemático del máximo nivel, debería estar en nuestra mente con mucha más frecuencia que el tiempo que ahora le dedicamos. Y nuestro reconocimiento de los científicos, libre de suspicacias, debería formar parte también de nuestras oraciones, así como el respeto a sus estudios.

Una Iglesia radicalmente fiel a su mensaje y que encuentre su papel en esta sociedad postsecular será verdaderamente significativa. ¿Tenemos derecho a esperararlo? En este año de pandemia, hemos reflexionado sobre ello, la esperanza ha sido nuestro aliento en un tiempo difícil que parece alumbrar un nuevo período. Mucho se ha debatido sobre si saldríamos mejores, conformémonos quizá con que salgamos más ilusionados y fraternales, y que la Iglesia –nosotros como Iglesia– nos acompañe en nuestros anhelos. ●